

## 7° Retiro: DISCÍPULOS MISIONEROS... COMO DAVID

(Extraído de “Llamados por la Gracia de Cristo – Material de ACGA”, “*Evangelii Gaudium*”, “*Gaudete et exsultate*”, Revista ORAR)

### VER:

Continuamos reflexionando acerca de la necesidad de sentirnos llamados y enviados por el Señor para ser sus discípulos misioneros, para anunciar su Buena Noticia al mundo de hoy y para ir haciendo cada vez más presente su Reinado.

Hemos contemplado la llamada que el Señor hizo a Abraham, a los pastores, a José, a Moisés... Hoy continuamos nuestra contemplación fijándonos en el rey David. Aunque era el más pequeño de los hijos de Jesé, de Belén, David reinará sobre Judá e Israel durante cuarenta años. A pesar de sus profundas debilidades humanas, el colmo de las cuales fue el premeditado y frío asesinato de Urías, David pervive en el recuerdo de Israel como un hombre de Dios y que encuentra su fuerza y valor en el Señor.

David fue elegido para una misión única, que jugará un papel central en la historia del pueblo de Dios y de nuestra misma fe. En los Evangelios, a Jesús se le llama varias veces “hijo de David”; de hecho, como él, nace en Belén. De la descendencia de David, según las promesas, viene el Mesías.

David probablemente significa “amado”, y por encima de las numerosas vicisitudes históricas de su vida política, su espiritualidad y su oración nos muestran una plena conciencia de ese amor de Dios. En sus relaciones con Dios fue sincero, y caminó en su presencia en verdad y rectitud de corazón. Ante sus propios errores y pecados, los reconoce y respeta el veredicto del Señor y no se opone a la voluntad divina.

En una palabra, David se mostró obediente a los planes de Dios y, a pesar de sus astucias como político y mujeriego, siempre se puso en las manos de Dios, reconociendo que sólo de Él dependió su elección como rey de Israel. Una elección que se produjo del siguiente modo:

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí. Vio a Eliab y se dijo: «Sin duda está ante el Señor su ungido».

Pero el Señor dijo a Samuel: No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón.

Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: A ninguno de éstos ha elegido el Señor.

Preguntó entonces Samuel a Jesé: ¿No quedan ya más muchachos? El respondió: Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño. Dijo entonces Samuel a Jesé: Manda que lo traigan.

Dijo el Señor: Levántate y úngelo, porque éste es.

Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos.

En aquel momento invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante.

Samuel debe encontrar un sucesor para el rey Saúl, que había sido rechazado por Dios. Humanamente se esperaría que la elección fuese un hombre maduro, fuerte y experimentado. Pero Dios envía a su profeta a casa de Jesé, un sencillito campesino de Belén, una pequeña población. Allí hace que desfilen ante el profeta los siete hijos mayores, los más altos y más fuertes, los que parecerían designados por adelantado. Pero no son éstos los que Dios ha elegido, porque la mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias.

Dios ha elegido al más pequeño, al que sólo es capaz de guardar el rebaño, porque el Señor mira el corazón. David es ungido en medio de sus hermanos y el espíritu del Señor estuvo con él en adelante.

### Para la reflexión:

- ¿Sé mirar el corazón de las personas, o me dejo llevar por las apariencias?
- ¿Tengo ideas preconcebidas acerca de qué tipo de personas son las más capacitadas para ser discípulos misioneros?
- ¿Me siento llamado por Dios a ser discípulo misionero, a pesar de mi pequeñez e insignificancia, o me veo “incapaz” para asumir yo alguna responsabilidad en la misión evangelizadora?

## JUZGAR

En aquellos días, recibió Natán la siguiente palabra del Señor: Ve y dile a mi siervo David: Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. Yo estaré contigo en todas tus empresas, acabaré con tus enemigos, te haré famoso como a los más famosos de la tierra. Te pondré en paz con todos tus enemigos, te haré grande y te daré una dinastía.

Cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus padres, estableceré después de ti a un descendiente tuyo, un hijo de tus entrañas, y consolidaré su reino. Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre».

Después que Natán habló a David, el rey David fue a presentarse ante el Señor y dijo: ¿Quién soy yo, mi Señor, y qué es mi familia, para que me hayas hecho llegar hasta aquí? ¡Y por si fuera poco para ti, mi Señor, has hecho a la casa de tu siervo una promesa para el futuro, mientras existan hombres, mi Señor! Ahora, pues, Señor Dios, mantén siempre la promesa que has hecho a tu siervo y su familia, cumple tu palabra. Que tu Nombre sea siempre famoso.

En la larga historia de David se pueden distinguir dos momentos. El que va desde su ascensión al trono hasta la conquista de Jerusalén, caracterizado por un gran valor pero también por la falta de escrúpulos, el cálculo y la ambición política; y el que corresponde a su evolución personal: partiendo precisamente de sus debilidades, se hace disponible al plan de Dios que supera todos los planes de las personas.

David fue un hombre de Dios según las características propias de su época, pero también de una forma personal y original. Desea sinceramente conocer la voluntad de Dios, y por eso recurre a los consejos de hombres de oración, como Gad y Natán. En su intención de levantar un santuario para el Arca, David quiere expresar su gratitud al Dios que lo ha puesto en el trono y, además, asegurarse su protección para sí mismo y para sus sucesores, una ideología religiosa de tipo mágico.

Pero el Señor no quiere una casa, y Natán le anuncia que el mismo Dios asegura a David que su descendencia durará por siempre. Lo que Dios pide a David es que abandone un pensamiento religioso mágico para apoyarse única y exclusivamente en la promesa de Dios, un Dios absolutamente distinto de los dioses protectores que tenían los pueblos.

David acepta esta gran promesa en actitud de humildad. Y la espiritualidad personal del rey da un salto cualitativo que, a pesar de sus muchos pecados, lo convierten en amigo de Dios. Renuncia a comportarse como el poderoso fundador de una dinastía para aceptar haber sido elegido para esa misión por pura gracia de Dios, sin mérito alguno por su parte.

El futuro de David y de su descendencia se apoyan únicamente en la promesa de Dios: **Te haré grande y te daré una dinastía.** Si su casa no conocerá el declive, eso se deberá únicamente a que el Señor así lo ha decidido. Y ni siquiera los pecados de sus descendientes anularán esa bendición.

Tras las palabras de la promesa, la reacción de David es muy aleccionadora. Ante esta gran promesa, que supera cualquier pretensión humana, va a presentarse ante Dios en oración. David comprendió que él no es nada, pero el Señor sabrá cómo hacerle fuerte. En la oración de David, ante todo, hay humildad: es consciente de que Dios ha hecho ya mucho por la vida de David, y le garantizará también el futuro.

La astucia y los cálculos puramente humanos que le habían guiado desde su ascenso al trono dejan paso a la acogida de lo que es puro don de Dios y a un total abandono en sus manos. El hecho de estar ante el Señor y de abrirle su corazón hace que en David se produzca un cambio: de creerse un caudillo de ejércitos victoriosos pasa a ser un hombre de Dios que se deja acaudillar. La astucia de David no desaparecerá por completo, pero la actitud de su corazón es ya distinta.

### **Para la reflexión:**

- David pretende “asegurarse” la protección de Dios construyéndole una casa. ¿Hago yo tratos con Dios, pretendo asegurarme su protección a cambio de actos de piedad, limosnas, etc.?
- ¿En algún momento la acción de Dios en mi vida ha superado mis planes, mis expectativas? Hago memoria de esos momentos y doy gracias al Señor por ellos.
- David se presenta ante el Señor con humildad y confianza. ¿En mi oración también me dirijo al Señor con humildad y confianza? ¿Le digo, como David, “quién soy yo... para que me hayas hecho llegar hasta aquí”?
- ¿Sé reconocer que todo en mi vida es don de Dios? ¿Me atrevo a abandonarme en sus manos?

David un día, a eso del atardecer, se levantó de la cama y se puso a pasear por la azotea del palacio, y desde la azotea vio a una mujer bañándose, una mujer muy bella. David mandó a preguntar por la mujer, y le dijeron: Es Betsabé, esposa de Urías, el hitita.

David mandó a unos para que se la trajesen. Después Betsabé volvió a su casa; quedó encinta y mandó este aviso a David: Estoy encinta.

Entonces David mandó esta orden a Joab: Mándame a Urías, el hitita. Cuando llegó Urías, David le preguntó por Joab, el ejército y la guerra. Luego le dijo: Anda a casa. Pero Urías durmió con los guardias de su señor; no fue a su casa. Avisaron a David que Urías no había ido a su casa. Al día siguiente David lo convidó a un banquete y lo emborrachó. Al atardecer, Urías salió para acostarse con los guardias de su señor y no fue a su casa.

A la mañana siguiente David escribió una carta a Joab y se la mandó por medio de Urías. El texto de la carta era: «Pon a Urías en primera línea, donde sea más recia la lucha; y retiraos dejándolo solo, para que lo hieran y muera». Los de la ciudad hicieron una salida y murió Urías, el hitita.

El Señor envió a Natán donde David y le dijo: Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y sus hijos. Llegó una visita a casa del rico; y, no queriendo perder una oveja o un buey para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó a su huésped.

David se puso furioso contra aquel hombre y dijo a Natán: ¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la cordera.

Entonces Natán dijo a David: ¡Eres tú! Pues bien, la espada no se apartará nunca de tu casa; por haberme despreciado, quedándote con la mujer de Urías, el hitita. David respondió a Natán: He pecado contra el Señor. Y Natán le dijo: Pues el Señor perdona tu pecado. No morirás.

David es un hombre de Dios que sabe orar con humildad, pero eso no impide que sea un gran pecador. David ve a una mujer, la desea y la seduce, pero es la mujer de otro, es un adulterio. David, hipócritamente, pretende descargarse de su responsabilidad endosando el embarazo al marido legítimo, pero no lo logra. Urías tiene unos principios y los respeta: existía entonces la norma de la abstención de relaciones sexuales durante una guerra.

Entonces David trama un homicidio frío y premeditado, y de este modo comete otra infidelidad hacia Dios, que tanto le ha favorecido y que tan grandes promesas le ha hecho. Pero aun entonces Dios mantiene su fidelidad, y de nuevo envía al profeta Natán, que cuenta una parábola para que el rey tome conciencia por sí mismo de su pecado:

La parábola que le cuenta Natán, y que provoca su indignación contra una injusticia perpetrada aparentemente en su reino, le hace descubrir toda su miseria y mezquindad. A David, como a todo el mundo, le resulta muy fácil reconocer las injusticias que cometen los otros, pero no se le pasa por la cabeza que él se ha manchado con un crimen todavía mayor. Pero la Palabra de Dios es implacable: ¡Ese hombre eres tú!

El reproche del profeta es duro pero sólo tiene un objetivo: que David pronuncie las palabras de arrepentimiento, y eso es lo que sucede: **¡He pecado contra el Señor!** David descubre que, al hacer matar a Urías, no sólo cometió un “error” o una “imprudencia”, de lo que, por ser el rey, no habría tenido ni siquiera que lamentarlo; con su acción David traicionó el mismo amor de Dios que lo había colmado de todos los bienes, y así lo reconoce.

El arrepentimiento después del asesinato de Urías debe leerse a la misma luz de la conversión del corazón que encontrábamos en el pasaje anterior. Más aún, este encuentro con su propia miseria hace que David se convenza de que la astucia que de manera tan baja ha utilizado con Urías tenía que cesar para dar paso a la búsqueda de la compasión y de la misericordia de Dios

Es importante señalar que el momento en que David se convierte de verdad en alguien responsable de sus actos coincide otra vez con un diálogo en clave de oración. Hay un hilo conductor, en la vida de David, que da unidad a todo lo que le sucede: su oración. David santo, reza; David pecador, reza; David víctima, reza; incluso David verdugo, reza. Éste es el hilo conductor de su vida: ser un hombre de oración tanto si asume los tonos del júbilo, como los del lamento. A partir de esos momentos de oración ante Dios es cuando David pasa a la historia como el rey que ha sabido caminar por las sendas del Señor como discípulo misionero.

Y así David nos enseña a poner todo en el diálogo con Dios: tanto la alegría como la culpa, el amor como el sufrimiento, la amistad o una enfermedad. Todo puede convertirse en una palabra dirigida al “Tú” que siempre nos escucha.

Para dar testimonio del verdadero rostro de Dios, David ha de asentarse en la verdad. Ante todo, en la verdad de su pecado, y luego en la verdad del perdón; y eso mismo debemos hacer nosotros. El objeto de cualquier confesión del propio pecado es precisamente el reconocimiento de la misericordia de Dios. Tan sólo cuando aceptamos la verdad de Dios sobre nuestra realidad nos abrimos a su misericordia, que entonces nos llega sin falta.

Sólo así podremos caminar en la presencia de Dios como discípulos misioneros, a pesar de nuestro pecado, porque entonces podremos mostrar con credibilidad el amor, el perdón y la misericordia de Dios.

### **Para la reflexión:**

- ¿Pretendo, como David, enmascarar u ocultar mi propio pecado para no tener que reconocerlo?
- ¿Veó mi pecado personal ante todo como una infidelidad al amor de Dios? ¿Qué me afecta más, haberle ofendido o el miedo al posible castigo?
- Natán dice a David: **¡Eres tú!** ¿Soy capaz de reconocer y aceptar mi propia verdad, que incluye también mi pecado? ¿Me sirve de “puerta” para abrirme al perdón de Dios?
- Como discípulo misionero, ¿manifiesto el amor y la misericordia de Dios?

## ACTUAR:

### Salmo 50

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. Contra Ti, contra Ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente. Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría. Rocíame con el hisopo, quedaré limpio; lávame, quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados. Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso. Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a Ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios salvador mío, y cantará mi lengua tu justicia. Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto no lo querrías: mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado Tú no lo desprecias.

La verdadera santidad de David es haber sabido reconocer su falta, que expresa en el Salmo 50. A diferencia de la oración que realizó tras la promesa de Dios sobre su descendencia, tan rica en exclamaciones sobre la grandeza de las obras del Señor, el Salmo 50 expresa de forma muy personal todo un arrepentimiento y deseo de conversión, explicitando los sentimientos que en aquella ocasión pudieron brotar del corazón de David.

El Salmo resume toda la culpa de David en un pecado contra el Señor: **Contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces.** Todo pecado es ante todo un acto contra el Señor; por eso David, ante la responsabilidad de su crimen, confiesa su culpa como una ofensa a Dios.

El pecado no es solamente un sentimiento de culpabilidad moral, no es sólo haber transgredido una ley. El pecado se entiende en profundidad en el marco de las relaciones personales entre el pecador y Dios.

Por esa relación personal que mantiene con Dios, David, tras la confesión de su pecado, descubre que, ante el Señor, sólo hay salvación y liberación. El penitente del Salmo 50 pide que le devuelvan la alegría de la salvación para poder anunciar a otros, que se han extraviado, los caminos del Señor y para que otros pecadores vuelvan a Él.

Situado ante la verdad de su pecado y ante la misericordia de Dios, David se ve por fin liberado. Es muy significativo el contraste entre lo que David quería hacer con el presunto culpable de la parábola que le cuenta Natán (**Es reo de muerte**) y lo que Dios hace con él: **El Señor perdona tu pecado.** El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta a Él y que entre así, por el reconocimiento de la verdad, en la verdadera vida.

Esto es ya como un avance del Sacramento de la Reconciliación, en donde el penitente reconoce su pecado y el confesor le transmite el perdón divino. Sólo Dios cambia el corazón del pecador, pero ha sido necesaria la mediación de un diálogo, de una conversación con Natán, enviado por Dios, para que David “se vea a sí mismo” y su verdad y reconozca su pecado.

Nosotros también necesitamos situarnos ante nuestra verdad, reconocer nuestro pecado y abrirnos al perdón y la misericordia de Dios. Como dice el Papa Francisco en *“Gaudete et exsultate”* 15: Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida. Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor».

Y, del mismo modo que Natán fue mediador entre Dios y David, el Señor ha puesto como mediadora a su Iglesia, porque en la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. En la Iglesia y de la Iglesia recibimos el perdón de Dios.

Del rey David la Biblia nos lega con gran fidelidad sus luces y sus sombras. Sigue su rastro desde su juventud, cuando en Belén cuidaba el rebaño, hasta sus últimos años, ensombrecidos por una serie de dramas familiares y por la rebelión de su hijo Absalón. Supo ser un político astuto, y por una pasión llegó hasta el crimen; pero también era capaz de ser generoso con sus enemigos y de mostrar una gran nobleza en la adversidad.

Fue un hombre de grandes debilidades y, sin embargo, un verdadero discípulo misionero, porque realizó la obra de Dios aun con sus luces y sombras personales, y en todo momento se sintió llamado y enviado por Dios, con la esperanza puesta en su fidelidad y en su misericordia.

Miremos a David: santo y pecador, perseguido y perseguidor, víctima y verdugo. David fue todo esto, junto. Y también nosotros registramos en nuestra vida aspectos a menudo opuestos, todos pecamos a menudo de incoherencia. Pero el Señor cuenta con nosotros, como discípulos misioneros, como contó con David, para que continuemos el anuncio de la Buena Noticia del Reino de Dios.

### **Para la reflexión:**

- ¿Me cuesta reconocer mi pecado? ¿Siento verdadero deseo de conversión? ¿Cómo lo expreso?
- ¿Me acerco a recibir periódicamente el sacramento de la Reconciliación? ¿Cómo me siento después de haberlo recibido? ¿Por qué?
- Elijo uno o varios versículos del Salmo 50 que expresen mejor mi deseo de conversión.
- Con mis luces y sombras, ¿me siento llamado y enviado, como David, a ser discípulo misionero?



## 7° Retiro: DISCÍPULOS MISIONEROS... COMO DAVID

(Extraído de “Llamados por la Gracia de Cristo – Material de ACGA”, “Evangelii Gaudium”, “Gaudete et exsultate”, Revista ORAR)

### **VER:**

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí. Vio a Eliab y se dijo: «Sin duda está ante el Señor su ungido». Pero el Señor dijo a Samuel: No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón. Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: A ninguno de éstos ha elegido el Señor.

Preguntó entonces Samuel a Jesé: ¿No quedan ya más muchachos? El respondió: Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño. Dijo entonces Samuel a Jesé: Manda que lo traigan.

Dijo el Señor: Levántate y úngelo, porque éste es.

Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos.

En aquel momento invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante.

- ¿Sé mirar el corazón de las personas, o me dejo llevar por las apariencias?
- ¿Tengo ideas preconcebidas acerca de qué tipo de personas son las más capacitadas para ser discípulos misioneros?
- ¿Me siento llamado por Dios a ser discípulo misionero, a pesar de mi pequeñez e insignificancia, o me veo “incapaz” para asumir yo alguna responsabilidad en la misión evangelizadora?

### **JUZGAR:**

En aquellos días, recibió Natán la siguiente palabra del Señor: Ve y dile a mi siervo David: Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. Yo estaré contigo en todas tus empresas, acabaré con tus enemigos, te haré famoso como a los más famosos de la tierra. Te pondré en paz con todos tus enemigos, te haré grande y te daré una dinastía.

Cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus padres, estableceré después de ti a un descendiente tuyo, un hijo de tus entrañas, y consolidaré su reino. Tu

casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre».

Después que Natán habló a David, el rey David fue a presentarse ante el Señor y dijo: ¿Quién soy yo, mi Señor, y qué es mi familia, para que me hayas hecho llegar hasta aquí? ¡Y por si fuera poco para ti, mi Señor, has hecho a la casa de tu siervo una promesa para el futuro, mientras existan hombres, mi Señor! Ahora, pues, Señor Dios, mantén siempre la promesa que has hecho a tu siervo y su familia, cumple tu palabra. Que tu Nombre sea siempre famoso.

- David pretende “asegurarse” la protección de Dios construyéndole una casa. ¿Hago yo tratos con Dios, pretendo asegurarme su protección a cambio de actos de piedad, limosnas, etc.?
- ¿En algún momento la acción de Dios en mi vida ha superado mis planes, mis expectativas? Hago memoria de esos momentos y doy gracias al Señor por ellos.
- David se presenta ante el Señor con humildad y confianza. ¿En mi oración también me dirijo al Señor con humildad y confianza? ¿Le digo, como David, “quién soy yo... para que me hayas hecho llegar hasta aquí?”
- ¿Sé reconocer que todo en mi vida es don de Dios? ¿Me atrevo a abandonarme en sus manos?

David un día, a eso del atardecer, se levantó de la cama y se puso a pasear por la azotea del palacio, y desde la azotea vio a una mujer bañándose, una mujer muy bella. David mandó a preguntar por la mujer, y le dijeron: Es Betsabé, esposa de Urías, el hitita.

David mandó a unos para que se la trajesen. Después Betsabé volvió a su casa; quedó encinta y mandó este aviso a David: Estoy encinta.

Entonces David mandó esta orden a Joab: Mándame a Urías, el hitita. Cuando llegó Urías, David le preguntó por Joab, el ejército y la guerra. Luego le dijo: Anda a casa. Pero Urías durmió con los guardias de su señor; no fue a su casa. Avisaron a David que Urías no



había ido a su casa. Al día siguiente David lo convidó a un banquete y lo emborrachó. Al atardecer, Urías salió para acostarse con los guardias de su señor y no fue a su casa. A la mañana siguiente David escribió una carta a Joab y se la mandó por medio de Urías. El texto de la carta era: «Pon a Urías en primera línea, donde sea más recia la lucha; y retiraos dejándolo solo, para que lo hieran y muera». Los de la ciudad hicieron una salida y murió Urías, el hitita.

El Señor envió a Natán donde David y le dijo: Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y sus hijos. Llegó una visita a casa del rico; y, no queriendo perder una oveja o un buey para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó a su huésped.

David se puso furioso contra aquel hombre y dijo a Natán: ¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la cordera.

Entonces Natán dijo a David: ¡Eres tú! Pues bien, la espada no se apartará nunca de tu casa; por haberme despreciado, quedándote con la mujer de Urías, el hitita. David respondió a Natán: He pecado contra el Señor. Y Natán le dijo: Pues el Señor perdona tu pecado. No morirás.

- ¿Pretendo, como David, enmascarar u ocultar mi propio pecado para no tener que reconocerlo?
- ¿Veó mi pecado personal ante todo como una infidelidad al amor de Dios? ¿Qué me afecta más, haberle ofendido o el miedo al posible castigo?
- Natán dice a David: ¡Eres tú! ¿Soy capaz de reconocer y aceptar mi propia verdad, que incluye también mi pecado? ¿Me sirve de “puerta” para abrirme al perdón de Dios?
- Como discípulo misionero, ¿manifiesto el amor y la misericordia de Dios?

## ACTUAR Salmo 50



Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado. Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado.

Contra Ti, contra Ti solo pequé, cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente.

Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría.

Rocíame con el hisopo, quedaré limpio; lávame, quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados.

Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme.

No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso.

Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a Ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios salvador mío, y cantará mi lengua tu justicia.

Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto no lo querrías:

mi sacrificio es un espíritu quebrantado, un corazón quebrantado y humillado

Tú no lo desprecias.

- ¿Me cuesta reconocer mi pecado? ¿Siento verdadero deseo de conversión? ¿Cómo lo expreso?
- ¿Me acerco a recibir periódicamente el sacramento de la Reconciliación? ¿Cómo me siento después de haberlo recibido? ¿Por qué?
- Elijo uno o varios versículos del Salmo 50 que expresen mejor mi deseo de conversión.
- Con mis luces y sombras, ¿me siento llamado y enviado, como David, a ser discípulo misionero?